

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

MALAS TENTACIONES

Episodio dramático de la vida doméstica en un acto

TRADUCIDO Y ARREGLADO DEL FRANCÉS

por

DON LUIS OLONA

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1893

MALAS TENTACIONES

Episodio dramático de la vida doméstica en un acto

TRADUCIDO Y ARREGLADO DEL FRANCÉS

por

DON LUIS OLONA

Representado en el TEATRO DEL DRAMA, la noche del 24 de Diciembre
de 1850.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ,
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES

ACTORES

DON GREGORIO.....	SR.	CALTAÑAZOR.
DON LINO.....	»	MARTINEZ.
BERNARDA.....	SRA.	SAMPELAYO.
MARTINA (1).....	SRTA.	GARCÍA (D. ^a Láura.)
DOÑA MANUELA.....	»	GARCÍA (D. ^a Josefa.)

La escena en casa de don Gregorio.—Año 1850.

(1) Este personaje requiere maneras bruscas, entonaciones propias de una mujer de mala educación, sin que por eso carezca de cierto gracejo.

Esta obra es propiedad de DON CARLOS OLONA Y DI-FRANCO, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

El teatro representa un comedor: puerta al fondo, que da á la antesala. En primer término, á la izquierda, una puerta: al fondo izquierda, una ventana. Al fondo, una cómoda, y encima un tocador: puerta en el primero y segundo término de la derecha. Una mesa á la izquierda; un escritorio á la derecha.

ESCENA PRIMERA

DON GREGORIO, BERNARDA y MARTINA. Al levantarse el telón, la escena está sola. Se oye el sonido fuerte y continuado de una campanilla. Don Gregorio, saliendo por una puerta de la derecha, acude vivamente á medio vestir.

- GREG. ¿Quién? ¡Allá van! ¡Demonio y qué manera de llamar á las siete de la mañana!
- MART. (Dentro en la izquierda.) ¡Señor!...
- GREG. ¿Qué?
- MART. Abra usted, que yo no puedo. Me estoy vistiendo.
- GREG. Bien, abriré. No te incomodes. (Vuelve á sonar la campanilla.) ¡Que voy, digo! (Poniéndose la levita.) ¡Cáspita! ¿si ésta que llama será mi mujer, que viene de Guadajajara? (Se va por el fondo; suena otra vez la campanilla.)
- MART. ¡Que vaya usted á abrir, señor! (Asomando la cabeza por la puerta primera de la izquierda.) ¡Ah! ¡Ya ha ido! (Desaparece.)
- GREG. (Aparte y entrando.) ¡Uf, demonio de portera, y qué susto me ha dado con su venida! ¿No sabe usted llamar

de otro modo? (Alto á Bernarda, que entra.) ¡Pues es buena hora de alborotarme la casa!...

BERN. Es que le tráigo á usted el periódico, señor de Marchamalo.

GREG. Tiempo había de sobra. Yo me levanto tarde, y... podía usted haber esperado á después, leyéndolo mientras...

BERN. Señor don Gregorio, yo no leo más que los periódicos de mi color.

GREG. (¡Pues bonito lo tendrán ellos!)

BERN. ¿Está usted? Y desde que á mi esposo le dieron un destino en la contrata de paja y cebada...

GREG. Buen provecho le haga á usted y á él. Nada de eso tiene que ver con armarme ese cencerreo de campanillazos. Mi criada hubiera bajado luégo por el periódico, sin que usted...

BERN. ¡Ya! Pero... como hay ciertas casas en que las criadas se levantan tarde... ¿Usted me entiende?

GREG. ¡No! (¡Maldita bruja!)

BERN. ¡Pues...! ¡Y eso depende de los amos! (Mira á un lado y otro con curiosidad.)

GREG. ¿Eh? ¿Qué?

BERN. ¡Nada! ¿Tiene usted un polvo?

GREG. Sí. Pero de spáchese usted. (Se lo da.)

BERN. ¡Qué rico!

GREG. Mucho: por eso no me gusta darlo con frecuencia.

BERN. Yo agradezco la distinción. (Vuelve á mirar.)

GREG. ¿Me quiere usted decir qué mira con tanta curiosidad, señora Bernarda? ¿Busca usted algo ó... cree usted que faltan algunos muebles en mis habitaciones?

BERN. No tal. Seguramente podía usted tener algunos más de los que hay... Pero... esto no quita que la casa esté bien amueblada.

GREG. ¡Señora Bernarda!...

BERN. Perdone usted, señor de Marchamalo: no trato de mezclarme... Pero como dan tantos chascos en el mundo... Al fin, usted es un inquilino nuevo, y la propietaria doña Rita es muy delicada y muy...

- GREG. ¡Ya! ¿Tiene usted la misión de olfatear á...?
- BERN. ¿A qué casta de bichos pertenece usted?...
- GREG. ¿Cómo?
- BERN. No, ya sé yo que...
- GREG. ¡Portera! ¡A tu puerta! (Con seriedad.)
- BERN. ¡Bueno! ¡Ea, señor don Gregorio...!
- GREG. ¡Agur, agur!
- BERN. (Volviendo.) ¡Ah, se me olvidaba el preguntar á usted...!
- GREG. (¡Voto á...!) ¡Qué! (Impaciente.)
- BERN. Si...
- GREG. ¿Si estoy vacunado?
- BERN. ¡Cá, si tiene usted otro polvito!...
- GREG. (¡Que no fuera pólvora!) ¡Tome usted!
- BERN. Y además...
- GREG. ¡Dale! ¡Dale!
- BERN. Si es usted soltero ó casado.
- GREG. Yo soy lo que me da la gana, lo que me acomoda, lo que me conviene y lo que no le importa á usted.
- BERN. Es que la propietaria doña Rita...
- GREG. Dígale usted de mi parte, que si busca noticias, que compre el diario. ¡Ea, largo de aquí!
- BERN. ¡Bien! ¡Ya me marchó! ¡Por nada se pone usted hecho un toro!...
- GREG. ¡Cómo se entien...! (¡A esta vieja la voy á machucar sin remedio!)
- BERN. ¡Vaya! ¡Buenos días! (Sonriendo.)
- GREG. ¡Dios se los dé muy malos!
- BERN. ¡Expresiones! (Se va.)
- GREG. ¿Eh? ¿Expresiones?

ESCENA II

DON GREGORIO; después, MARTINA

- GREG. ¡Ah, vil raposa! ¡Ya la creo comprender! ¡Sin duda se malicia...! ¡Reniego de esta casa y del instante en que la alquilé! ¡Paciencia! ¡Acabémonos de vestir! (Mirándose las botas.) ¡Anda! ¡No me han embetunado los bo-

tas! ¿Pero en qué piensa Martina? ¿En dónde (Alto.) ha metido el betun?

MART. (Dentro) ¡Señor!...

GREG. (¡Yo la haré entender...!)

MART. (Dentro.) De paso, embetúneme usted los zapatos. (Saca el brazo por entre la puerta y pone los zapatos fuera.)

GREG. ¿Eh? ¡Me gusta!

MART. Que me los embetune usted.

GREG. Bueno, al instante. (Consternado.) ¡Esta sí que es negra, un amo sirviendo á su criada! (Cogiendo los zapatos y dándoles betún.) ¡Yo me tengo la culpa! ¡Yo que me he puesto á hacer el amor platónico á esa chica... que, por señas, es honrada hasta lo sumo, pero que me encanta, me fascina, me...! ¡Qué lindísimo es este pié! ¡Y también este otro! ¡Vamos, son lindísimos los dos! ¡Ay, si mi mujer me viera...!

MART. (Dentro.) ¿Ha acabado usted?

GREG. (Metiendo con los brazos los zapatos en el cuarto de Martina.) ¡Eccólo qué! (¡Y es exigente como ella sola!) ¡Ay, Manuela, esposa mía! ¿Por qué te fuiste hace tres semanas á pasar un mes en Guadalajara en casa de nuestro tío don Judas? Al marcharse, me dijo: «Gregorio, alquila un cuarto tercero en buen sitio, que no tenga goteras, que tenga siete piezas y que esté al Mediodía; haz la mudanza y toma una criada buena y barata.» Mando encargarla á la Agencia, y me envían una joven de esas prendas, de diecisiete años de edad, que acaba de llegar fresquita á Madrid. La pobre no había nunca servido, y esto me determinó á tomarla inmediatamente. Nada sabe hacer, eso sí: pero demuestra grandes disposiciones, y esto es una ventaja. Mas, ¡ay! me enamoran de tal suerte sus ojos, que... empecé á decirle flores, y un día que me preguntó si era yo soltero, le contesté que sí. ¡Imprudente Gregorio! ¿Qué? ¿Por qué has mentado? ¡Perdón: soy un hombre perverso! Hé aquí lo que desde aquel día hablamos mi conciencia y yo. Pero esto no es lo temible. Yo puedo exclamar: ¡calla conciencia! Y mi conciencia no dirá

esta boca es mía Pero, ¿y mi mujer? ¡Oh! Retrocedamos de esta peligrosa senda. No pongamos asechanzas á esa lozana flor y... ¡Mas para ello necesito maña, diplomacia! Yo no tengo cara para decir á Martina: «soy casado: he querido ver si te deslumbraba.» ¡Oh! La iré preparando para esta confesión. La pobre chica tiene un placer creyendo que se le ha presentado en mí un novio que va á hacer su suerte... Lo primero, escribamos á mi mujer, no sea que le den ganas de venir antes de que Martina se haya ido de casa. ¡Se haya ido de casa! ¡Conque se val! ¡Yo no se lo que quiero ni lo que deseo; yo no tengo mi juicio sano! ¡Ah, si pidiera consejos á mi amigo Roque Mollejas, que me conoce desde niño y que... Sí: voy á llamarle en mi auxilio. ¡Él tiene un talentazo...! ¡Como que fué cuando joven escribiente del secretario de un obispo! (Se pone á escribir.) Mi querido Roque: se trata de sacar á tu pobre Gregorio de un grave conflicto. ¿Te acuerdas de la historia de Abraham en lo relativo á su esclava Agar? ¿Te acuerdas de que siempre anatematicé la conducta de aquel viejo israelita? Pues bien. ¡Estremécete! Yo también me encuentro Agarisado. (Sigue escribiendo.) Así. El sobre. Ahora dos letras á mi mujer, para que no se mueva de Guadalajara. «Yo iré por tí dentro de unos días.» Ya está... Enviemos las dos cartas al correo. ¡Cielos, Martina! (Se guarda las dos cartas.) Manifestemos toda la indiferencia posible.

ESCENA III

MARTINA y DON GREGORIO

- MART. ¡Hola, señor! Me he levantado algo tarde, ¿verdad?
- GREG. ¡Demasiado tarde! ¡Y esto no puede continuar así!
(Incomodado.)
- MART. ¿Eh?
- GREG. Porque hará daño á tu (Dulcemente.) salud, Martina...
¡Pues! (Incomodado.)

- MART. ¡Calle! ¡Qué gesto tiene usted hoy! ¿Se siente usted malo?
- GREG. ¿Yo? ¡Ay, al contrario!
- MART. ¿Ha pasado usted quizá mala noche?
- GREG. Sí. Mucho. Dando vuelcos...
- MART. ¡Jesús! ¿Y por qué no ha llamado usted?...
- GREG. Por... Ya se me ocurrió; pero por... que no te asustaras.
- MART. ¡Qué amo tan bueno! ¡Oh! (Acercándose.) ¡Cuando yo le escriba á mi tía Telesfora lo bien que me va en esta casa! ¡Lo amable que es usted para conmigo!...
- GREG. ¡Apártate! (Incomodado.)
- MART. ¡Ah! (Asustada.)
- GREG. ¿No ves que me arrugas la levita? ¡Para hablar no es preciso acercarse tanto! ¡Ay!
- MART. ¡Vaya! ¡Que tiene usted (Llorando.) un modo de decir las cosas...!
- GREG. No, hija mía, no. ¡Soy un mandria!) ¡Martinal!
- MART. ¡La tonta es la que cobra ley á sus amos! (Llorando.)
- GREG. Cóbramela. Sí. ¡Yo te aprecio! Sólo, que á veces tiene uno mal humor, y... ¡Vamos, no llores! ¿Ignoras el daño que me hace el verte llorar? (Cada lágrima es una perla de Oriente.) ¡Ea, se acabó!
- MART. Sí, señor. (Con inocencia.) Como usted quiera. ¡Luego dirá usted que no le tengo afecto, que no le amo!
- GREG. ¡Chist! ¡Calla, por Dios! No hables de esas cosas, mujer.
- MART. ¿Por qué?
- GREG. No hables de esas cosas, (Serio.) y dame de almorzar.
- MART. ¿De almorzar? Bien lo haría...
- GREG. ¿Sí? Pues hazlo cuanto antes. ¿Qué hay en casa?
- MART. Nada.
- GREG. ¿Nada? Eso es muy poco. Anda, ve á comprar lo necesario...
- MART. No, no puedo... Vaya usted.
- GREG. ¿Yo?
- MART. ¡Si tengo que coserme un delantal y su corbata de usted!

- GREG. (Tiene razón: está muy ocupada.) Pero, Martina, mira que siento un apetito... Además, hija mia, tengo que llevar dos cartas al correo, y...
- MART. De camino se pasa usted por la plaza, y trae la compra.
- GREG. Pero, poco á poco, tu...
- MART. Y cuando vuelva usted, se encontrará su corbata lista...
- GREG. ¿De veras? (¡Lo que es trabajadora... eso, como ninguna!)
- MART. Vaya. Tome usted. (Le da un cesto.)
- GREG. ¡El cesto! (Comprendo lo humillante de la condición doméstica.)
- MART. Y el jarro para la leche. (Se lo da.) No tarde usted mucho.
- GREG. ¡Aprieta! Si me ve algún amigo con esta facha de des- pensero... Adiós. ¡Ah! ¿Qué he de traer para el medio día?
- MART. Una libra de ternera, un cuarterón de tocino, un pollo, tres cuartos de pimentón...
- GREG. Bueno. (Se va.)
- MART. ¡Oiga usted! de camino, cómpreme usted un ochavo de seda.
- GREG. (¡Oh vil flaqueza mía!) ¿Seda negra?
- MART. Sí, señor. ¡Cuidado, que regatee usted bien las cosas!
- GREG. (¡Qué sonrojo!)
- MART. ¿Quiere usted traerse de paso un poco de aceite? Voy por la alcuza..
- GREG. ¡Muchacha, mira que voy perdien...! ¡Mira que si...! Adiós. (Se va rápidamente.)

ESCENA IV

MARTINA

¡Qué buen corazón tiene este don Gregorio! ¡Y qué juicioso! ¡Qué fino! ¡Hé aquí una (Reflexionando.) proporción para una pobre doncella! Cabal. Y aunque una sea pobre... siendo honrada, bien puede confiar... No sería este el primer caso. En mi pueblo, la mujer del escribano ha sido antes cocinera, criada como yo... Y

qué rabia les daría á mis amigas de verme de pronto convertida en señora... ¡Habría tantas que valdrían menos que una! Porque... al fin, yo soy bonita. (Mirándose al espejo.) ¡Vaya! ¡Y no poco! Mi amo me lo dice á cada instante, y él que es tan formal...

ESCENA V.

MARTINA y BERNARDA

- BERN. ¡Hola! ¡Al fin logré conocerla!
- MART. ¿Eh? ¿Qué hay?
- BERN. Hay... hay que usted sacude las mantas por la ventana, que así cae mucho polvo en el patio, y que esto no le gusta á la dueña de la casa.
- MART. ¿Yo? ¡Si acabo de levantarme!
- BERN. Ello es que han visto abrir una de esas ventanas.
- MART. Entonces sería el amo que sacudiría su ropa.
- BERN. ¡Ah! ¡Se limpia él mismo, según eso, su ropa!
- MART. Algunas veces... (¡Qué mujer tan curiosa!)
- BERN. Y la de usted también, á lo que parece, porque además vieron colgando una falda de percal rameado.
- MART. ¡Eso es mentira!
- BERN. Lo ha dicho doña Rita, que tiene unos ojos de lince... ¡Como que no se quita sus gafas!
- MART. Acabemos. ¿Quién la mete á usted en lo que hace mi amo? ¿Eh? Si sacude vestidos ó no, á usted no le importa. Conque...
- BERN. No hay que enfadarse. Usted es dueña de hacerse servir por su dueño.
- MART. ¡Hum!
- BERN. ¡Pues!... Y... al fin y al cabo... las porteras y las criadas debemos llevarnos bien, estar unidas como los cinco dedos de la mano. ¡Quién sabe si mañana, (Con intención) necesitará usted que yo haga la vista gorda cuando venga á verla su novio!...
- MART. Yo no tengo novio. ¡Vaya, si el amo la oyese á usted...!
- BERN. ¡Hola! Parece que tiene usted muchas consideraciones al señor de Marchamalo. Supongo que estará usted

enterada de sus cualidades, y... ¿En qué se ejercita?
¿Es hombre de negocios? ¿Qué hace?

MART. Mi amo no hace nada.

BERN. Tendrá alguna renta. Y... ¿es casado?

MART. ¡Casado él! ¡Oh, qué horror!

BERN. ¡Qué hor...! (¡Está visto, la chica le tiene afición!)

MART. ¡Vaya, déjeme usted en paz! ¡Me está usted quitando el tiempo, y tengo que hacer mis haciendas!

BERN. Bien: que yo no interrumpa... Trabaje usted, hija, trabaje usted.

MART. (¡Vamos, no hay quién la haga marcharse!) (Buscando á un lado y á otro.) ¿En dónde estará la corbata del amo? Anoche la puse yo por aquí, y no veo... ¿La habrá encerrado antes de salir?

BERN. ¿Tal vez en ese cuarto...? (Señalando á la izquierda.)

MART. No: ahí no puedo entrar, porque siempre tiene quitada la llave, y el amo la guarda en el bolsillo.

BERN. No tal. ¡Si está puesta!

MART. Se le ha olvidado! (Abre y entra.) ¡Calle, vestidos de mujer!

BERN. (¡Es un libertino!)

MART. (Saliendo con un vestido, un sombrero y un chal.) ¡Qué bonito traje! ¡Qué bonito chal! ¡Y qué sombrero!

BERN. Sí. (Pues esto lo ha usado ya alguna otra.)

MART. ¡Apostaría á que el amo se ha olvidado expreso la llave! Sí: ya adivino... Todo esto es para mí. Es una sorpresa que quería darme.

BERN. ¡Niña, cuenta con las sorpresas...!

MART. ¡Qué! Si es que, como me ha prometido llevarme esta noche al teatro...

BERN. ¿De veras?

MART. Sin duda quiere que vaya muy compuesta. ¡Oh, qué idea! ¡Yo también quiero sorprenderlo! (Escuchando.)

¡Dios mío, alguien viene! ¡Señora Bernarda...!

BERN. ¿Qué se ofrece? ¿Puedo ser útil...?

MART. Sí: hágame usted el favor de llevar esta ropa á ese otro gabinete, y... sobre todo... chito, ¿eh?

BERN. ¡Vaya; mi discreción es tan conocida, que todo el mundo desconfía de mí! (Se va.)

ESCENA VI

MARTINA y DON GREGORIO; después, BERNARDA

- GREG. ¡Uff! (Cargado de provisiones.) Desde lejos divisé á mi escribano, y huyendo de que me viera, me entré en la tienda de un herrador, pidiendo dos cuartos de anises... Y si no echo á correr, me...
- MART. ¿Es usted, señor? Venga usted: le descargaré...
- GREG. ¿Eh? ¿Qué es eso de descargar...? Gracias.
- MART. ¿Qué trae usted, en fin?
- GREG. Queso, jamón, zanahorias, leche, un pollo... ¡Calle, me lo han dado con una sola pata!
- MART. ¡Habrás picarones! Vaya usted á devolverlo.
- GREG. ¿Yo? ¡Pues era fácil que saliera otra vez con el canasto al brazo! No: perdono la pata, y me contento con el pollo cojo.
- MART. ¡Jamón en dulce! ¡Y qué buen pan!
- GREG. De flor: lo he traído para tí, para la flor de tus dientes. (¡Gregorio, no seas maligno!)
- MART. ¿Conque para mí?
- GREG. Sí, hija mía. Prepárame la mesa. Vengo hecho un cañón de órgano.
- BERN. (Saliendo, y á Martina.) Yo la ayudaré á usted.
- GREG. ¡Calle, la portera! Dígame usted, señora, ¿me bajo yo á su chirivital de usted? ¿Me mezclo yo en sus asuntos? ¿Quién la llama á usted aquí? (Martina pone la mesa.)
- BERN. (Dándole á don Gregorio, con sonrisa maliciosa, una palmadita en el vientre.) ¡Ya me voy, pícaruelo!
- GREG. ¡Estése usted quieta! (Metiéndose maquinalmente la mano en los bolsillos.) ¡Por vida...! Se me ha olvidado llevar al correo estas dos cartas... y eso que fueron lo que me hizo salir.
- BERN. (Quitándose las.) Yo las echaré por el buzón... (Leyendo el sobre.) ¡Calle! «A doña Manuela de Marchamalo.»
- MART. (Acudiendo.) ¿Cómo?
- GREG. Es mi madre.
- MART. ¡Ah!

- BERN. Crei que sería otra cosa... Como leí de Marchamalo...
GREG. Si no hubiera usted leído nada... (Remedándola.)
BERN. ¡Ya! Pero...
GREG. Despeje; y cuenta con olvidar las cartas.
BERN. Descuíde usted. ¿Me da usted un polvito?
GREG. No.
BERN. ¿Cómo?
GREG. ¡Que no, y no, y no! (Gritando.)
BERN. ¡Aay, ay, aay! (Se va tapándose los oídos.)

ESCENA VII
DON GREGORIO y MARTINA

- GREG. ¡Jesús, esa mujer me saca de tino...! (¿Y esta?) (Aparte, mirando á Martina.) (¡Ay, esta me saca de tono! Pero no: ya es preciso poner término á esta posición. ¡Ay, Martina, ya es preciso que yo te ajuste tu cuenta... y te ponga en la calle!) ¡Jém, jém! ¡Martina! (Con aire de amo.)
MART. ¡Señor!
GREG. (Le vuelve la espalda.) Nada.
MART. ¿Nada?
GREG. Es decir... (Acercándose.) Nada. (Volviéndole la espalda otra vez.)
MART. ¡Qué rareza!
GREG. (¡Me falta valor! ¡Y ello es preciso, preci...!) ¡Martina!
MART. ¿Qué manda usted?
GREG. (Serio.) ¿Qué? (Cambiando de tono.) Que me des de almorzar. (Aparte.) (La despediré luégo, á la tarde. Sí, mejor es.)
MART. Venga usted á sentarse.
GREG. ¡Qué veo! ¿Has puesto dos cubiertos?
MART. ¿Yo...? Como ayer decía usted que se fastidiaba de comer solo, y me obligó usted á sentarme á su lado... creí...
GREG. (¡Yo le he dado alas, yo mismo!)
MART. (Picada.) Pero no me sentaré, no. Usted tiene su orgullo, y...

- GREG. (¡Pobrecilla!) ¿Qué, tengo trazas de orgulloso?
- MART. Algunas veces, no; y la prueba es, que me prometió usted ayer llevarme esta noche al teatro.
- GREG. (¡Aprieta!) ¿Yo, yo te prometí...? (Pues entonces ya no la puedo despedir esta tarde. Se irá mañana en cuanto amanezca, sí... mejor es.) ¿Conque te prometí...?
- MART. Cabal: y yo no dudo...
- GREG. ¡Cál! Por supuesto. (La llevaré al teatro Real, al paraíso. Allí no nos verá nadie... ni nosotros veremos tampoco.)
- MART. En cuanto á almorzar, yo lo haré después.
- GREG. ¡Qué guapa estás con ese pañuelo!
- MART. ¡Pues más lo estaré mañana con los vestidos que tengo para ir á la iglesia!
- GREG. ¿Sí? Me alegraré verte. (Ya me olvidaba que mañana la voy á despedir... Pero, no importa, no lo haré hasta que anochezca. Sí, mejor es.)
- MART. (Con intención.) Y todavía estaría más guapa, si me vistiera con un traje de señorita hecho á la moda.
- GREG. Yo te compraré uno. (¡Ah, vil corruptor!)
- MART. ¿Uno? (Ya estaba yo segura de que eran para mí.)
- GREG. Te lo compraré... para Año Nuevo: faltan pocos días.
- MART. Quiero retardarme la sorpresa, pero yo se la daré antes é él.
- GREG. Vamos, ven á almorzar.
- MART. ¡Oh!
- GREG. Cuando yo te lo ruego...
- MART. (Sentándose á la mesa.) Entonces, por obedecer á usted...
- GREG. (Aparte.) No hay remedio. (La semana que viene la despido.) Vamos, ¿quieres jamón?
- MART. Sí, señor. (Le sirve.) ¿Más?
- GREG. Allá voy. (Le sirve.)
- MART. ¿Más todavía?
- GREG. (¡Anda y qué tragaderas! ¡Es un ángel!)
- MART. (Con la boca llena.) ¿Quedará un poco, para comérmelo después que acabe éste?
- GREG. (¡Demonio!) Sí, sí; lo que quieras. (¡Con cuánta gracia

mueve la boca para comer! ¡Y cómo comer! ¡Cáspita!
¡Si no me doy prisal)

MAN. (Dentro.) ¿La puerta de la derecha? ¡Mil gracias!

GREG. (Se iba á comer un trozo de jamón, al ruido deja caer el tenedor y se queda con la tajada en la boca, aterrado.) ¡Hum!

MART. ¿Qué?

GREG. (Aparte.) ¡Cielos! ¡Esa voz! ¡Mi mujer! ¡Manuela!

MART. ¿Qué tiene usted?

GREG. Levántate de ahí.

MART. ¡Calle!

GREG. (Despóticamente y obligándola por fuerza.) ¡Levántate pronto!

MART. ¡Dios mío!

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA MANUELA

MAN. (Entrando por el foro.) ¡Gregorio!

GREG. ¡Manolita!

MAN. ¿Quién es esta mujer? (Aparte.)

GREG. (Desconcertado y dirigiéndose á Martina, en vez de hacerlo á doña Manuela.) Pero... ¿eres tú?

MART. Sí, yo: ¡cualquiera diría que no me reconoces!

MAN. ¡Y lo tutea!

GREG. ¡Qué ocurrencial! ¡Vaya, tonta! (Daría el pellejo por hallarme en la plazuela de Antón Martín.) (Doña Manuela se quita su mantilla, mientras que Martina dice en voz baja á don Gregorio.)

MART. ¿Quién es esa señora?

GREG. Es una prima carnal.

MART. ¿Una prima?

GREG. Sí, una viuda, cuyo marido ha muerto. (No sé lo que me digo.)

MAN. (Volviendo.) Apuesto cualquier cosa á que no me esperabas.

GREG. ¡Ya lo creo!

MAN. ¡Hola! ¿Quién es esta joven?

GREG. ¿Ésta? La... la criada que he recibido.

MAN. ¿Y estás contento de ella?

- GREG. Bastante. Sí, bastante. (Debo estar verde.)
- MAN. ¡La mesa puesta! ¿Según veo, empezabas á almorzar?
¡Me alegro, porque tráigo un apetito!...
- GREG. (¡Ay! Me devora si llega á sospechar...) (Doña Manuela se sienta.)
- MART. (Aparte.) ¡Y se sienta en mi silla!
- MAN. ¿Dos cubiertos?
- GREG. (¡Cielos!) Sí... yo te diré... Primero me senté á comer en este lado: me daba el sol de espaldas, y como yo tengo tan delicada la vista, me puse en este otro sitio.
- MART. ¡Con la vista al sol!
- GREG. (¡Me vendí!) ¡Ca, no! Ya se va retirando de la ventana. (Yo sudo!)
- MAN. ¿Cómo se llama esta chica?
- GREG. Martina, sí, Martina: así creo que se llama.
- MAN. Martina, sírvenos.
- MART. (Aparte.) ¡Qué mujer! ¡Cualquiera que la viese, creería que ella era el ama de casa, y yo su criada!
- MAN. Vamos, tráeme un vaso.
- GREG. (El jamón se me vuelve estopa.)
- MART. (Aparte.) Tengo una ira...
- MAN. ¿No me has entendido?
- GREG. (Suelta la servilleta y corre al armario por un vaso.) oy por él. (Se lo trae.)
- MART. (Aparte.) ¡Qué déspota!
- MAN. ¿Tú?
- GREG. Sí; porque no esperes.
- MAN. (Presentando un vaso á Martina.) Echa agua.
- MART. (Enojada, coge con mal modo la botella, y hace rebosar el vaso.) Allá va.
- MAN. ¡Torpe! ¡Que me has manchado toda! ¿No tienes ojos?
- MART. ¡Vaya! ¡Pronto se le secará! (Gritando con descoco.) ¡Pues no da usted pocos gritos!
- GREG. ¡Ay, Dios mío!
- MAN. ¿Eh? ¿Qué es lo que has dicho?
- GREG. Nada, nada; almuerza, hija, almuerza.
- MAN. ¡Qué gesto! ¡Qué modo de responder!
- GREG. (Aparte á doña Manuela.) Como no está acostumbrada á

servirte... ¡Si es muy dócil! Se hace de ella lo que se quiere. Ahora verás. (Alto.) Martina, ¿quieres tener la bondad de darne pan, si no te molestas?

MAN. ¡Pues no te has vuelto tú poco redicho!

GREG. ¡Almuerza, hija, almuerza! (Martina le da pan.)

MART. Tome usted. Y yo no estoy aquí para ser un domin-guillo. Me marcho á la cocina. (Mirando á doña Manuela.) ¡Vaya!

GREG. (Aparte.) ¡Respiro!

ESCENA IX

DON GREGORIO y DOÑA MANUELA

MAN. ¿Sabes que has buscado una criada modelo? La voy á plantar en la calle.

GREG. No te tomes esa molestia: yo mismo...

MAN. ¡Y á todo esto, no me has preguntado por qué he vuelto á Madrid de improviso!

GREG. ¡Ah, cierto! ¿Por qué te has vuelto á Madrid de im-provisio?

MAN. ¡Te he sorprendido sin duda!

GREG. ¡Mucho! ¡Me has dejado con la boca abierta!

MAN. Yo te diré. Pasado mañana domingo... hay un baile en Guadalajara...

GREG. Y tú... por excusarte de asistir... Muy mal hecho, van á tomar á desaire...

MAN. No es eso, hombre. Sino que como no me había lle-vado para mi corta permanencia allí un vestido á pro-sito para esa fiesta... he venido por él...

GREG. ¡Ya! Pero, ¿por qué tomarte esa molestia? ¡Yo te lo hubiera enviado, hija mia!

MAN. ¿Qué entiendes tú?... Lo elijo, y salgo con la diligen-cia que sale á las... dentro de dos horas.

GREG. ¡Qué dicha!

MAN. ¿Cómo?

GREG. (¡Ay!) ¡Qué dicha... la de verte después de quince días de ausencia! ¡Cruel ausencia! ¡Mira, no te entre-

tengas demasiado, y la diligencia se vaya sin tí. ¡Oh! ¡ausencia amarga!

MAN. No te aflijas, Gregorio mío. Además... nada te impide el venirme conmigo á Guadalajara á pasar tres ó cuatro días.

GREG. (¡Adiós mi dinero!) Con efecto, nada me impide... ¡Ah, sí! No puedo ir. Me tiene que traer el sastre un pantalón, y me es imposible. Además, me esperan en la Bolsa, y en el Ministerio, y en la Fábrica del Gas... En fin, tengo hoy tantos quehaceres...

MAN. ¡Lo siento! ¡Me hubiera alegrado tanto de llevarte en mi compañía!...

GREG. ¿Pues y yo? Yo me hubiera alegrado de tal modo, que...

MAN. Luego, es tan fastidioso viajar sola... expuesta á las miradas impertinentes de éste, del otro...

GREG. Sí, que observan con una curiosidad... Conozco el sistema.

MAN. Lo cual me sucede casi siempre.

GREG. ¡Está claro! ¡Si yo hubiera viajado contigo de soltero!...

MAN. ¿Qué?

GREG. Hubiera dicho, al mirarte: «Veamos si pega.»

MAN. Eso mismo sospecho yo de cierto desconocido, que ha venido á mi lado en la diligencia ofreciéndome...

GREG. Supongo que tú no...

MAN. Ni siquiera le he dicho una palabra. Y eso que, francamente, no me disgusta que me miren.

GREG. ¿Eh? Explícame ese teorema.

MAN. Es muy sencillo. Cuando fijan en mí su atención, es que valgo alguna cosa, y esto siempre lisonjea á la mujer.

GREG. Pero puede no lisonjear al marido.

MAN. Bien sabes que comprendo mis deberes, Gregorio, y por lo mismo, si fueses capaz de jugarme una mala pasada...

GREG. ¡Bah! ¿Quieres callar, mujer? (Debo de estar colorado como un pimiento... ¡ídem!)

MAN. (Impaciente.) ¿Pero por dónde anda esa criada?

GREG. ¿Eh? ¿Para qué la quieres, hija?

- MAN. Para que vaya á casa de la modista, por el vestido que la encargué desde allá, que es el que me va á servir para el baile.
- GREG. (¡Cielos! ¡Martina no va á querer ir: la conozco muy bien!)
- MAN. (Llamando.) ¡Muchacha! (Abre la segunda puerta de la derecha.) ¡No está en la cocina!
- GREG. Habrá bajado á la tienda... Se le habrán olvidado los tomates, ó... (¡Uf! ¡Qué idea! Encuentro á Martina á la puerta, tomo un coche, la hago entrar en él, y mando que la lleven á la carrera hasta Chamberí. Mi mujer parte luégo, y así no vuelven á verme.) Yo mismo voy.
- MAN. ¿Por la criada?
- GREG. No: por tu traje.
- MAN. ¿Pero no está la criada para eso?
- GREG. Si es que prefiero ir yo... Así lo tendremos más pronto. ¡Son tan torpes esas muchachas!...
- MAN. ¡Nunca te he visto tan complaciente!
- GREG. Porque no se ha presentado ocasión (Aparte.) como esta. Al instante vuelvo. Adiós, adiós. (Se va precipitadamente por el fondo.)

ESCENA X

DOÑA MANUELA; después, DON GREGORIO, dentro.

- MAN. ¡Es particular! Él, que no ha sido nunca ni aun para coger del suelo un alfiler.... (Ruido en la escalera: ella corre al fondo, y abre la puerta) ¡Dios mío! ¡Ha bajado rodando diez escalones lo menos! (Gritando.) ¿Te has hecho mal?
- GREG. (Dentro.) No, al contrario.
- MAN. ¿Qué mosca le ha picado, señor? (Mirando en derredor.) Examinemos la nueva casa. (Abriendo la puerta de la derecha.) Esta es sin duda nuestra alcoba, si. ¡Calle! ¿Aún no está arreglada á estas horas? ¿En qué piensa esa bendita criada? Está visto, Gregorio no sirve para hacerse obedecer. ¡En cuanto yo vuelva de Guadalajara...! No sé por qué me dan ganas de quedarme.

¡Cosa más rara! Y no lo digo ciertamente por temor de volverme á encontrar al fastidioso que ha venido á mi lado en la diligencia, pero siento un no sé qué...

ESCENA XI

DOÑA MANUELA Y DON LINO (1)

- LINO. (Entrando con precaución.) Sí. ¡Ella es! ¡El amor proteje mi osadía!
- MAN. ¡Cielos! (Viéndolo.)
- LINO. ¡Señoral...
- MAN. ¿Usted aquí?...
- LINO. Sí, yo, ¡estrella matutina! Yo, que vengo á repetir á usted lo que le dije en la diligencia! ¡Lo que le dije en la calle del Sordo, al acercarme á usted.
- MAN. ¿Y quién le ha dado á usted derecho para seguirme?
- LINO. Yo. La ví entrar á usted en esta casa, y ¡zás! me colé de rondón, averigüé que había usted venido á parar á este cuarto, y ¡zis! me introduje en alas de mi... Pero no se inquiete usted, paloma inocente, yo me llamo Lino Mogollones, soy empleado en Hacienda, y aún puedo rendir mi corazón á esas plantas, y mis homenajes á ese cielo estrellado. (Poniéndose de frente.) Vea usted si le acomodo.
- MAN. ¡Caballero...! ¡Ese lenguaje...! ¡Tenga usted entendido que soy una mujer casada!
- LINO. ¿Casada? ¡Zape! ¿Por qué no me lo advirtió usted en la calle del Sordo? ¡Y yo que aspiraba á su mano!...
- MAN. (Riéndose.) ¿De veras? (Aparte.) ¡Vaya un hombre particular!
- LINO. Sí, señora; al verla á usted, dije para mí: Esa es la mujer que me conviene: talle, ojos, nariz, eco de voz. Esta es la mujer que me conviene. Le digo que la amo; ella me responde que me adora, nos casamos esta tarde, y partimos en seguida para Guadalajara, á donde tengo que volverme esta misma noche.

(1) Viejo arriscado.

MAN. El cálculo era bien cómodo.

LINO. Sí, porque yo le explicaré á usted... (Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA XII

DICHOS y MARTINA

MART. (Entrando por el fondo, y aparte.) ¡Qué bestia de portera! Preguntarle al amo por mí, y no decirle que yo había ido al puesto de frutas de la esquina. Y eso que la previne al salir...

LINO. (Saludando á doña Manuela.) Mucho es mi sentimiento, señora, por no haber podido estrechar los vínculos... Perdone usted mi indiscreción, y si de algo puedo ser útil...

MART. (Aparte, quitando la mesa.) ¡Calle! ¿Quién es este viejo que habla con la prima de mi amo?

LINO. Estoy á los piés... (Saludando á doña Manuela, se va y vuelve.) ¡Ah! ¿De veras? ¿Está usted casada en toda regla?

MAN. (Con dignidad.) ¡Señor mío, tome usted la puerta!

LINO. ¿Yo? (Temblando.)

MAN. (Viendo á Martina.) ¿Martina?

MART. ¿Qué? (Con muy mal modo.)

MAN. Acompaña á este caballero hasta la escalera. (Vase.)

ESCENA XIII

MARTINA y DON LINO

MART. (Quitando los cubiertos.) Manda como si estuviera en su casa.

LINO. ¿Qué? ¿Qué dices? (Con interés.)

MART. Como si fuese el ama.

LINO. ¿Quién? ¿Esa señora?

MART. ¡Pues!

LINO. ¿Conoces á su marido?

MART. ¿Marido? ¡Si es viuda!

LINO. ¿Viuda? ¡Ay, es un corazón marchito!

- MART. ¡Y se da un tono y tiene una altanería, que ya...! No hay quien la aguante.
- LINO. ¡Viuda! (¡Por qué entonces me ha dicho que era casada! ¡Ah! Yo lo adivino. Mi declaración la ha asustado.)
- MART. ¡Oh! ¡Como la dejaran, bien pronto se metería á mangonearlo todo! ¡Sería capáz de esclavizar al amo!
- LINO. ¿Eh? ¿Qué amo es ese?
- MART. Su primo, á cuya casa, que es ésta, ha venido hoy de visita la tal señora.
- LINO. ¿Y ese primo la hace carantoñas?
- MART. No, señor. (Sofocada.) Mi amo es un hombre muy formal, ¿oye usted? ¡El demonio del viejo!
- LINO. ¡Ah, bella dama! Usted ha querido desorientarme; pero lo veremos. Yo soy muy testarudo: vuelvo á hacerla á usted la corte y á su primo también, para tenerlo de mi parte. ¿Por dónde anda? Quiero convidarlo á comer, quiero ser su amigo íntimo.

ESCENA XIV

DICHOS y DON GREGORIO

- GREG. No he podido encontrar á esa condenada Martina.
- MART. (A don Lino.) Mírelo usted, ese es mi amo y el primo de la señora.
- GREG. Y por venir corriendo, se me caído el traje de mi mujer en la calle de Peligros, que la estaban regando, y... el quitamanchas dice que no podrá dejarlo listo hasta dentro de ocho días. ¡Oh, picara fortuna!
- LINO. (Adelantándose.) ¡Mi querido amigo!
- GREG. ¿Eh? (¿Quién es este joven viejo?)
- LINO. ¡Mi querido amigo, acabo de verla!
- GREG. De... Me alegre mucho; pero...
- LINO. La amo, la adoro, y vengo á pedirle á usted su mano.
- GREG. ¿Mi mano? ¡Caramba! ¿Cómo es eso?
- LINO. (Riendo.) ¡Cá, usted no me entiende; su mano es la de ella!
- GREG. ¿De ella? (Este hombre está borracho.)

- LINO. Sí, de su prima de usted. ¡Usted se admira!
- GREG. Muchísimo; pero, sobre todo, yo no soy su único pariente. Y... ¡qué diablo! ¡Si ella es demasiado joven aún...!
- LINO. A mí me gustan de su edad.
- GREG. ¡Pero, hombre, si tiene cuatro años!
- LINO. (Estupefacto.) ¿Es posible? Esa joven que he visto aquí hace poco, tendría...
- MART. ¿Cuatro años su prima de usted? La que ha almorzado esta mañana. .
- GREG. ¿Eh? Pues... ¡Cómo! ¿Se trata de...?
- MART. De ella; sí, señor...
- GREG. ¡San Onofre! ¿Y usted se atreve... á...? (Dulcemente.) Digo, y usted viene á pedírmela en matrimonio, á mí... (¡A su marido! ¡Hombre, esto sí que tiene bemoles.)
- LINO. Pero esa joven tiene más edad, ¿no es cierto? ¡Ah, si usted supiera cuánto la adoro!
- GREG. (Aparte.) ¡No me quiero perder!
- LINO. ¿Conque puedo esperar que usted interceda...?
- GREG. ¿Yo? No, señor; jamás.
- MART. (Alborotada.) ¿Es decir, que usted tiene miras sobre esa señora? ¡Oh, qué escándalo... qué...!
- GREG. ¡Chist! ¡Calla, por Dios! (¡Si lo oyese Manuela!)
- LINO. Porque si no, podría usted oponerse...
- GREG. Hombre, entendámonos.
- MART. No hay duda; algo hay, cuando...
- GREG. (Va á escandalizar.) Bien, hablaremos, caballero. No digo enteramente que me oponga... (A ver si se marcha.)
- LINO. ¡Oh, mi reconocimiento...!
- GREG. (Empujándole.) Sí, sí; ya hablaremos de esto otro día.
- MART. Pero pronto.
- LINO. Cabal: porque tengo que marcharme á las ocho de la noche, y... Mogollones... Lino Mogollones; vivo...
- GREG. (Empujándole.) Mil gracias; esta casa es muy suya.
- LINO. Luégo volveré.
- GREG. Usted puede venir cuando guste, (Empujándole.) muy seguro de que se le recibirá con el mismo agrado. (Dándole un fuerte empujón.) ¡Uf!

ESCENA XV

DIDHOS y DOÑA MANUELA

MAN. ¡Gregoriol

GREG. (¡Esta es otra!)

MAN. (A Martina.) Tú, márchate de aquí.

GREG. (¡Adiós!)

MART. ¿Yo? No me da la gana.

MAN. ¡Deslenguada!

GREG. ¡Martina, Martina! ¡Pst!... (Vete, y vuelve luégo.)
(Alto.) Cuenta con responder... (Mañana te compraré un delantal.) ¡Salga usted inmediatamente! (Corre á ver dónde vive ese necio, y te regalaré un reloj.)

MAN. ¿Pero qué le estás diciendo?

GREG. Nada, nada... (¡Corre, Martina, corre!) (La hace salir.)
¡Buena reprimenda la he echado! (Con aire de triunfo, á su mujer)

ESCENA XVI

DON GREGORIO y DOÑA MANUELA

MAN. La mejor reprimenda será despedirla hoy mismo. ¿Eh?
¿Por qué haces ese gesto?

GREG. ¿Yo, mujer? (¡Ay, me va á decubrir...!)

MAN. ¿Por qué? Sepamos.

GREG. (¡Si armando una camorra pudiera variar de conversación!)

MAN. Habla.

GREG. Sí, señora, que hablaré.

MAN. ¿Qué tienes?

GREG. ¿Qué? (¿Qué me convendría tener mejor?) ¡Y usted me lo pregunta! ¡No se lo diré; por lo mismo no se lo diré!

MAN. Pero...

GREG. ¡Esto no es vivir!

MAN. ¿Por qué?

GREG. Usted lo sabe: no necesito explicárselo.

- MAN. ¡Yo! Habla, Gregorio, ¿de qué te quejas, dí?
- GREG. ¿De qué? ¡Cuando nunca logro tenerla á usted en mi compañía... cuando...!
- MAN. ¿Y no es más que eso? ¡Oh, descuida, amigo mío! Una vez que no es de tu gusto, no volveré á Guadalajara. Aquí me quedo.
- GREG. (¡Uf, pues lo he echado á perder!) No, Manclita, no: no quiero que por mí te prives... Te irás luégo como lo tenías pensado, ¿sí?
- MAN. No.
- GREG. Sí, hija. Creo que en ello me harás un placer. Y, si quieres, puedes irte mientras á dar un paseo para no fastidiarte.
- MAN. Entonces... partiré, puesto que no te disgusta.
- GREG. (¡Respiremos!)
- MAN. Voy á coger algunos objetos de tocador allá adentro, y en seguida... pronto vuelvo.
- GREG. ¡Adiós, mona mía, adiós!

ESCENA XVII

DON GREGORIO; después, MARTINA

- GREG. ¡Sali del apuro! En cuanto se marche, despido á...
¡Hola! ¿Eres tú? ¿Y ese imbécil?
- MART. Le he alcanzado en el momento en que entraba ahí cerca, en el café de la esquina.
- GREG. ¿Y las señas de su casa?
- MART. ¡Vive en Alcalá!
- GREG. ¿En Alcalá? ¡Pues está á un paso el condenado!
- MART. Pero me ha dicho que iba á volver, para que le diera usted su respuesta.
- GREG. ¿Mi respuesta? Búscame una tranca.
- MART. ¿Cómo?
- GREG. Ó si no... deja. (Le saldré al encuentro. Este estúpido va á comprometerme.) Yo mismo... (¡Vaya una mañanita!) ¿Dónde está mi sombrero?
- MART. ¡Si lo lleva usted puesto!
- GREG. ¡Oh, furor! ¡Oh...! (Hundiéndoselo.)

- MART. ¿Qué le ha dado á usted?
GREG. ¡Toma! Ve á la Aduana, y cómprame dos cigarros de á real.
MART. ¡Si enfrente hay un estanco!
GREG. No, ahí están muy secos. (Mientras vuelve, Manuela habrá partido.)
MART. ¿Pero á qué me hace usted dar ese viaje?
GREG. Te repito...
MART. Pues ha de cumplir usted su promesa de llevarme esta noche á la comedia.
GREG. Sí. (Si es que antes no hay aquí un drama.)
MART. ¿Conque podré componerme...?
GREG. Suben. Si fuera ese hombre...
MART. Y estrenar ese vestido...
GREG. Lo que te dé la gana. ¡Adiós! Ve por los cigarros. (Vase precipitadamente.)

ESCENA XVIII

MARTINA y BERNARDA

- MART. (Alegre.) ¡Qué gusto! ¡Voy á estar como un clavel!
BERN. (Dentro.) ¡Ah! ¿No ve usted por dónde anda? (Entrando.)
¡Qué bruto! Por poco no me deja caer su amo de usted por la escalera. Va como un relámpago. Y yo que venía á preguntarle, de parte de doña Rita, quién es esa señora que ha venido hoy á esta casa.
MART. Su prima.
BERN. ¿Su prima? ¡Bueno! Pero es preciso que lo acredite. Doña Rita no quiere que en su casa entren personas equívocas, y...
MART. ¡Y hace muy bien! ¡Lo apruebo!

ESCENA XIX

DICHAS y DOÑA MANUELA

- MAN. (Entrando por la derecha y aparte.) ¿Dónde ha guardado mi marido mi traje nuevo y ese sombrero que sólo me he puesto dos veces? ¿Y mi cha!?

MART. (A Bernarda.) ¡Ella es!

BERN. (Aparte á Martina.) Voy á decirle sin rodeos...

MAN. Martina, ayúdame á buscar...

MART. (Con insolencia.) ¿Yo? ¡No me es posible! Me voy al tocador: tengo que vestirme. ¡Pues! Lo dicho, y no hay más.

MAN. ¿Qué oigo?

MART. Y á quien le pese que roa el hueso. ¡Cabales! (Se va.)

ESCENA XX

DOÑA MANUELA y BERNARDA

MAN. ¡Cielos! ¡Esa insolente me ha respondido, como si yo no fuera su ama!

BERN. ¿Su ama? Dificil es que usted lo sea de ella.

MAN. (Furiosa.) ¿Cómo es eso?

BERN. Nada. Pero, hija mía, créame usted; usted ha contado sin la huéspedea: usted ha hecho, sin duda, caso de don Gregorio, y...

MAN. ¡Dios mío! Pero... ¿usted ignora que yo soy su mujer?

BERN. ¡Animas benditas!

MART. ¿Ignora usted que...? ¡Usted, la primera, debe respetarme!

BERN. ¡Perdóneme usted! Si yo hubiera sabido que... ¡Conque usted es la señora de Marchamalo! ¡Qué embrollo! ¡Pues aquí precisamente tengo una carta para usted, que don Gregorio me dió esta mañana, y que se me ha olvidado llevar al correo! (Va á dársela, y se arrepiente.) ¡Pero no; si ahora recuerdo que me dijo que era para su madre!

MAN. Mi marido no tiene familia.

BERN. (Aparte.) (Ya me lo presumía yo.) En ese caso... Hé aquí la carta. Voy á echar esta otra al correo. (Leyendo.) A don... Y á decir á doña Rita que usted es esposa de don Gregorio, y que puede dormir tranquila... lo cual deseo suceda á usted. (Con ironía.) ¡Agur!

ESCENA XXI

DOÑA MANUELA

¡Qué retintín!... ¡Con qué objeto me escribiría Gregorio? Él nada me ha hablado de semejante carta, y... (Abriéndola.) «Mi querido Roque.» (Dejando de leer.) ¡Calle! Y, sin embargo, está dirigida á mí... (Viendo el sobre.) Sin duda se ha equivocado al poner el sobre... (Leyendo maquinalmente.) «Mi querido...» «Se trata de sacar á tu pobre Gregorio de...» ¡Qué estoy leyendo! «Abraham.» ¡Cielos!» Agar.» ¡Dios mío! ¡Él! ¡Mi marido! ¡Ah, infame! ¡Libertino! ¡Traidor! ¡Y yo tan necia, que lo creía un alma de Dios! ¡Un alma de Caín, si que es la suya! ¡Oh, es preciso que yo tenga una explicación con él! ¡Sí, al instante! ¡Quiero decirle todo lo que mi enojo me inspira, todo lo que...! ¡Busquémosle inmediatamente! (Se va por la derecha.)

ESCENA XXII

MARTINA, entrando por la segunda puerta de la izquierda, vestida con el traje, el sombrero y el chal de antes.

¡Uf! ¡Qué trabajo me ha costado ponerme estos corchetes! ¡Pero estoy segura de que me sienta de lo lindo! ¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Caramba! ¡Esta cinta me ahoga! (Por la del sombrero.)

ESCENA XXIII

DICHA y DON GREGORIO

- GREG. (Aparto, entrando.) ¡Ya no estaba en el café! (Mirando á Martina, sin reconocerla.) ¡Una desconocida? (Saludando.) ¡Señora, tengo el honor...!
- MART. (Saludando grotescamente.) ¡Caballero, estoy á los piés...!
- GREG. (Estupefacto.) ¡Gran Dios! ¡Martina! ¡Y con el vestido de mi mujer!

- MART. Estoy bonita, ¿no es verdad?
- GREG. ¡Mejor está cien veces con el traje de lugareña!)
¿Quieres quitarte en seguida ese traje? ¡A ver si te quitas ese traje pronto! ¡Si Manuela te viera!
- MART. ¿Su prima de usted? ¡Y tanto como me verá! ¡Le he de restregar este vestido por los hocicos!
- GREG. ¡Calla!
- MART. Y, desde luego, que todo el mundo me vea también.
¡Sí! ¡La primerita, la frutera de enfrente!
- GREG. ¡(Misericordia!) ¡Detente! ¡No lo consiento!

ESCENA XXIV

DICHOS y DON LINO

- LINO. ¡Aquí estoy yo otra vez!
- GREG. ¡Uf! ¡sólo esto me faltaba...!
- LINO. ¿Y su prima de usted?
- GREG. ¡Se ha muerto!
- LINO. ¿Cómo? ¿Qué?

ESCENA XXV

DICHOS y DOÑA MANUELA

- MAN. (Entrando.) ¡Te encuentro al fin!
- GREG. ¡(Cayóse la casa á cuestras!)
- LINO. ¡Sol de mi corazón!
- GREG. ¡Hombre, calle usted, ó le desnucó!
- MAN. (Aparte.) ¡Qué veo! ¡Esta descocada con mi vestido, con mi sombrero y mi chal! ¡Y mi marido lo consiente! ¡Oh, esto es indigno!)
- GREG. ¡(Tengo... go... go... (Temblando.) así... uuunaa especie de temblor!)
- LINO. ¿Conque se dignará usted, señora, aceptar esta mano...? (Por la izquierda.) No: ¿esta otra?
- MAN. ¿Yo?
- LINO. Este caballero da su consentimiento...
- MAN. ¿Qué dice usted?

- LINO. ¿Verdad que us...? (Don Gregorio se le abalanza al cuello.)
¡Ay! ¡Que me ahoga!
- GREG. ¡Viejo sátiro!
- MAN. ¡Gregorio!...
- MART. ¡Señor!... (A la par.)
- GREG. ¡Me lo voy á comer crudo!
- LINO. ¡Caballero, le pido una satisfacción!
- GREG. ¡Y á mí no me da la gana de dársela!
- LINO. ¡Se la pido!
- GREG. ¿Sí? ¡Pues tómala! (Un puñetazo.)
- LINO. ¡Ay!
- MAN. ¡Detente!
- LINO. ¡Aay!
- GREG. ¿Estás ya satisfecho?
- MART. ¿Pero por qué se ha enfadado usted así?
- LINO. Eso es. ¿Por qué?
- GREG. Porque... porque... ¡Ea! Ya estoy harto... ¡Porque esta es mi mujer!
- LINO. }
MART. } ¡Su mujer!
- MAN. ¡Justamente!
- MART. (A don Gregorio.) ¡Luego usted ha querido engañarme?
¡Ah! ¡Infame! ¡Burlar así á una doncella honrada!
- GREG. ¡Chus! ¡Calla!
- MAN. ¡Bribón! ¡Ya sé tus picardías!
- GREG. Eso no es verdad.
- LINO. Usted es un ente.
- GREG. Mire usted que le canto un *Te Deum* en las costillas.
(A don Lino.)
- MART. ¡Qué hombre tan perverso!
- GREG. Manuela, quitémonos de aquí.
- MAN. ¡No, usted no es ya nada mío! Desde este momento no hay lazo ninguno que nos ligue. Usted me ha engañado, y yo quiero vengarme.
- LINO. ¡Eso! ¡venganza!
- GREG. Calla tú, monigote. ¡Manuela!...
- MART. ¡Ay, Cienpozuelos de mi alma!
- MAN. No quiero permanecer en esta casa, ni un sólo minuto.

- GREG. ¡Cielos!
- MART. Ni yo tampoco.
- LINO. (A doña Manuela.) Voy á traerle á usted un coche.
- GREG. ¡Yo se lo prohíbo á usted, adefesio!
- MAN. Y yo se lo mando.
- LINO. ¡Oh! ¡Oh, dicha! (Se va.)
- GREG. Pero Manuela...
- MAN. Déjeme usted. (Se va.)
- GREG. Y tú...
- MART. ¡Hum! (Haciéndole un gesto.) Vaya usted enhoramala.
(Se va.)

ESCENA XXVI

DON GREGORIO

(Se queda solo, y, después de una pausa, se precipita hacia la ventana que abre, para arrojarle por ella, y acto continuo coge friamente una silla y se sienta en ella, haciéndose aire con el pañuelo.) ¡Necesitaba aire! (Pausa.) ¡Plum! ¡plum! ¡tun, tun! ¡Merecía que me fusilaran! ¡Sí! Tener una mujer bonita... (Doña Manuela asoma la cabeza por una puerta, sin ser vista de don Gregorio.) Haberle sido siempre fiel, y... al recibir en mi casa una palurda con ojos más ó menos traviosos, y con un pié cuatro dedos más ó menos que otro cualquiera, concebir el criminal proyecto de seducirla! ¡A una muchacha honrada! ¡Oh! ¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Por qué me inspiraste tan malas tentaciones! ¡Ellas son la causa de mi dolor, de mi...! ¡Pero Dios sabe, Manuela, cuánto te amo! ¡Dios sabe que me arrepiento de haber intentado el serte infiel! ¡Ah! ¡Satanás! ¡pícaro Satanás!

ESCENA XXVII

DICHOS y BERNARDA

- BERN. (Entrando.) ¡Señor!
- GREG. (Espantado, se cae con silla y todo.) ¡Ay! ¡El diablo acude á mi voz!

- BERN. ¡Don Gregorio!
- GREG. ¿Eh? ¡Calle! ¿es usted? (No era el diablo, pero cerca le anda.)
- BERN. Vengo á decirle á la señora, de parte de ese caballero viejo... que la aguarda dentro del coche que acaba de traer.
- GREG. ¡Furor!
- MAN. (Entrando.) ¿Qué recado es ese?
- GREG. Nada; ninguno.
- BERN. Sí tal: el coche...
- MAN. ¿Qué coche?
- BERN. ¡Toma! el caballero que ya sabe usted...
- MAN. ¿Has pedido tú algún coche, amigo mío? (Con dulzura.)
- GREG. (Sorprendido y alegre.) ¿Eh? ¡amigo tuyo!
- MAN. Has hecho mal. No salgo. Prefiero quedarme contigo.
- GREG. ¡Felicidad! (Asomándose velozmente á la ventana.) ¡Coche-ro! ¡Al galope hasta Chamberí! Ese caballero tiene mucha prisa. ¡Ah, Manuela, (Ruido dentro del coche.) de las Manuelas!
- MAN. Respecto de Martina...
- GREG. Que se vaya.
- MART. (Entrando con un libro.) ¡Sí; y á mi pueblo donde no hay como aquí tanto pícaro, ni tanta presumida!
- BERN. Pero chica...
- MART. Ni tanta chismosa.
- BERN. ¡Desvengonzada! ¡Trasto! (Se va siguiéndola hasta la puerta.)
- GREG. ¿Conque, conque me perdonas?
- MAN. (Bajo á don Gregorio.) Es lo que debe hacer cualquiera mujer de juicio: pero la vez primera tan solo. Señora Bernarda, usted nos servirá en adelante.
- BERN. Con mil amores.
- MAN. (A don Gregorio, señalando á Bernarda.) Con esta, espero que no tendré celos, que no me darán tentaciones...
- GREG. (Mirando con horror á Bernarda.) ¡Canario! Ni á mí tampoco.)

FIN DE LA COMEDIA

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO

Madrid 21 de Diciembre de 1850.

Aprobada, y devuélvase.

RAFAEL PÉREZ VENTO.

